

# RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción  
Cada 5 números mensuales,  
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: Amaos los  
unos a los otros como yo os he  
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
Muralla, 7-1.º Telf. 3988  
GIJÓN

## La calumnia al revés

Allá en tiempos muy lejanos, existió en un remoto país del Oriente un rey poderoso que subió al trono con gran contento de todos sus súbditos que esperaban días prósperos y felices bajo el reinado del nuevo monarca, dotado de rara inteligencia, indomable valor y gran virtud.

El comienzo de su reinado lo fué, al par, de un periodo venturoso de paz, de bienandanza y prosperidad. El nuevo monarca favoreció las artes, las letras, las ciencias, las industrias y la agricultura, rodeándose de hombres probos e inteligentes que le aconsejaban y ayudaban en la gobernación de su reino, dictando leyes justas y sabias, y procurando, en fin, por cuantos medios estaban a su alcance, hacer la felicidad de su dilatado imperio, en el que reinaban la paz, la justicia, el orden y la dicha en los primeros años del advenimiento al trono del joven monarca.

Naciera de envidia de sus talentos, poder y virtudes, o de otra causa cualquiera, es lo cierto que Hasán, uno de los dos nobles más ilustres y poderosos de la corte, no era afecto al rey. Procuraba en cuanto podía, rebajar a los ojos de los demás los méritos y virtudes del nuevo monarca, y tomando cada vez más y más incremento en su corazón envidioso, ruín y miserable la mala voluntad que profesaba al rey, llegó a odiar a éste con toda su alma, atrayendo al par a su lado a los ambiciosos y descontentadizos, que hicieron con él causa común. Era su intento hacer perder al rey el amor y estimación de sus súbditos, bien fuera con la mira ambiciosa de poder él escalar el trono algún día, o simplemente con la idea de desprestigiarle y hacerle aborrecible, ya que le odiaba, y su corazón ruín y miserable sólo gozaba haciendo daño.

Bien conocía Hasán que la realización de su intento era difícil y peligrosa; difícil, por lo sólido y bien cimentado del amor que los súbditos profesaban al rey, y que se fundaba en las extraordinarias virtudes de éste; y peligrosa, porque una vez descubiertos por el monarca los miserables pro-

yectos de Hasán, pudieran costarle muy caros y llegar hasta hacerle perder la vida. Pero todo lo que Hasán tenía de perverso, lo tenía también de sagaz y astuto: disimulaba ante el rey la malquerencia, el odio profundo que le profesaba, y hasta le manifestaba hipócritamente veneración y respeto, de tal modo, que el rey, ni sospechar siquiera podía que tuviera en Hasán un enconado enemigo que le odiaba con todo su corazón; pero al mismo tiempo, a espaldas del monarca, continuaba rebajando los méritos y virtudes de éste con gran sagacidad y disimulo, y cuidando siempre de que sus palabras y acciones no pudieran comprometerle: como se dice vulgarmente, procuraba nadar y guardar la ropa.

Poco a poco fué creándose en torno del monarca una vaga atmósfera de malestar y descontento, cuyo origen nadie conocía, y que procedía de los ocultos manejos y resortes que Hasán tocaba habilísimamente. Envalentado entonces Hasán, dió un paso más; ya no se contentó con rebajar las virtudes y méritos del rey: llegó a calumniarle, atribuyéndole falsamente actos infames y viciosos, pero haciendo esto con tan diabólico arte y valiéndose de tales reticencias y disimulos, que las más miserables calumnias, respecto al rey, comenzaron a circular de boca en boca, sin que nadie supiese de dónde procedían.

Como en ninguna parte faltan, sino que en todas sobran, corazones miserables y ruines que creen más fácilmente lo malo que lo bueno, aunque lo malo se atribuya a personas de virtud tan sólida y real como la del monarca aquél, es lo cierto, que aquellas calumnias encontraron eco y arraigaron en muchos corazones, y la buena y justa reputación de que el rey gozaba, se vió obscurecida primero, y asquerosamente manchada después. Hasán respiró entonces satisfecho de su inicua obra.

No tardaron en llegar a oídos del mismo monarca aquellas viles calumnias, produciendo inmenso dolor en su corazón recto y noble, más como

no pudo averiguarse de dónde procedían, el rey tuvo que devorar aquella amargura sin poder castigar al miserable calumniador. De mucho consuelo sirvieron entonces al rey las atenciones y muestras de gran afecto que le daba Abúl, su favorito, el único noble de la corte que, según se indicó antes, igualaba a Hasán en poder y en ilustre alcurnia, Abúl, no sólo no calumniaba al monarca, sino que se hacía lenguas, como se dice vulgarmente, de sus talentos y virtudes. Acompañaba al rey constantemente, y para desagraviarle, sin duda, de las calumnias que Hasán inventaba y propalaba, enaltecía constantemente a los ojos del mismo rey las virtudes de éste, ponderándolas y exagerándolas extraordinariamente, y asegurando a cada instante al monarca, que le tenía por el rey más sabio, virtuoso y justo que había habido y podía haber en aquel reino. Esto, como es natural, dada la flaqueza del corazón humano, agradaba al monarca, que no podía estar ni un momento sin Abúl, el cual, por su parte procuraba no separarse jamás del rey, cantándole siempre al oído la misma canción, o sea: que el monarca, era un dechado perfectísimo de esta y de la otra y de todas las virtudes.

Pasaron así algunos años: Hasán, calumniando constantemente al monarca, y Abúl, adúlándole constantemente también. Como nada hay completamente oculto en esta vida, el rey, llegó al fin a tener sospechas, leves primero y vehementes después, de que el inventor de las calumnias que circulaban respecto a su persona, era Hasán. Al mismo tiempo, y debiérase a la causa que se debiera, es lo cierto que el natural recto y noble del monarca comenzó a torcerse y malearse, dando entrada en su corazón a muchas malas pasiones que le eran antes desconocidas: llegó el día en que no todas las especies injuriosas que circulaban relativas al monarca, eran calumnias: muchas de ellas eran grandes verdades. El rey no era ya el mismo; se había transformado enteramente.

Pues ¿querrás creerlo, lector? Las especies injuriosas verdaderas que acerca de él circulaban, le irritaban mucho más que las falsas; y deseando castigar a Hasán por unas y por otras, siendo así que Hasán no era responsable más que de las primeras, lo cual

no advertía el rey, ciego, como estaba, de soberbia y despecho, dirigióse un día a consultar a cierto sabio solitario que vivía cerca de la ciudad en una especie de gruta, del cual había tomado consejo con admirable resultado en más de una ocasión apurada y difícil, y cuya fama de virtud y saber llenaba todo el reino. El solitario, aunque retirado de la corte, no ignoraba nada de lo que pasaba en ella.

El monarca mandó detenerse a los que le acompañaban a alguna distancia de la vivienda del sabio, y llegó sólo a su presencia exponiéndole su deseo, esto es, que le aconsejara qué castigo conveniente y ejemplar debía dar al miserable calumniador Hasán. La vida misma—dijo el monarca al acabar de exponer su deseo—me parece poca cosa para que pague su delito.

El solitario escuchó en silencio la relación del rey. Meditó luego algunos instantes, y al cabo de ellos dijo al monarca:

—Efectivamente, creo que debes imponer algún castigo al más miserable calumniador, que tanto te ha perjudicado.

¿Crees que debo quitarle la vida?

—No tanto: despójale de parte de sus bienes, y destiérrale para siempre de tus reinos.

—Mañana mismo, siguiendo tu consejo, haré que Hasán salga para siempre de mis reinos.

—Yo no te he aconsejado eso.

—¿Que no?—replicó el rey lleno de asombro.

—No; te he aconsejado que impongas ese castigo al miserable calumniador que tanto te ha perjudicado.

—Pues ¿quién es ese calumniador? No es Hasán el calumniador miserable que me ha causado más perjuicio?

—No.

—Pues ¿quién es?

—Abúl.

El monarca se detuvo perplejo, sin poder volver de su asombro durante largo rato.

—Hasán comparado con Abúl—prosiguió el solitario—te ha perjudicado poco. Las calumnias del primero habrán podido deslustrar más o menos tu fama, pero no han podido hacer mella alguna en tu alma, ni mancharla en lo más mínimo: además, la reputación de los virtuosos está en manos de Dios, que si alguna vez permite que sean atacados en su honor, para ejercitar su paciencia y otras virtudes y darles ocasión de merecer, luego vuelve por su honra, haciéndola brillar limpia y resplandeciente como el sol. En cambio, las calumnias de Abúl...

—¡Abúl no me ha calumniado nunca!—interrumpió vivamente el monarca.

—Sí; te ha calumniado siempre, porque te ha adulado siempre. La adulación es, óyelo bien, *la calumnia al revés*, porque atribuye virtudes al que no las tiene, lo cual es más perjudicial para el adulado que la imputación de vicios para el calumniado. Tu alma permaneció limpia y pura a pesar de los vicios o defectos que te imputaba

Hasán; pero las virtudes que te atribuía Abúl y que no tenías, o que no tenías en el grado que te las atribuía, han llenado tu corazón de vanidad, de orgullo, de soberbia; han tornado tu natural, que antes era bueno, en malo; te han hecho esclavo de las malas pasiones, haciéndote ejecutar actos y vicios que antes no cometías, y que han manchado y afeado tu alma. ¡Dime ahora, si te atreves, que las calumnias de Abúl no te han perjudicado más que las de Hasán!

El monarca calló confundido y avergonzado, conociendo que el solitario tenía sobrada razón y éste concluyó:

—La alabanza es un veneno tan dulce, que muchas veces ha dado muerte, sin sentir, a la virtud de doctos varones que parecían fuertes y perfectos... Aplica, en buen hora, a Hasán el castigo que al calumniador imponga las leyes de tu reino, pero *al otro calumniador*, que es el que más te ha perjudicado atribuyéndote virtudes que no tenías, y para el cual no existen castigos en los códigos humanos, arrójale de tu lado y destiérrale de tus dominios, y huye siempre de la adulación, de esa *calumnia al revés*, mucho más perjudicial que la otra, si no quieres dar muerte eterna a tu alma.

El monarca se despidió del solitario, y no sólo puso en práctica sus sabios consejos, sino que dictó leyes especiales en su reino para castigar a los aduladores cuyo *delito* (así calificó a la adulación en sus leyes) fuera probado. Y es fama que desde aquel día, el rey volvió a ser lo que había sido antes, esto es: un monarca sabio, virtuoso y justo.

TEÓFILO NITRAM

## El defecto de Sevilla

(CUENTO)

Era en la famosa calle de Pagés del Corro, del característico barrio de Triana. Allá en aquella amplia casa de vecinos, que en la nomenclatura sevillana se conocen genéricamente con el nombre de «corrales», y en una «sala» de 7,30 pesetas de renta al mes, para reunir las cuales se pasaban fatigas de muerte, vivía la ilustre familia de los Vargas, *cañis* de los más puros que paseaban su abolengo faraónico por la popularísima barriada.

Componían aquélla el *señor Rafaé*, alto, cenecio de color de bronce, que decoraba la escualidad de sus mejillas con unas patillas grises cortadas en forma de hacha; vestía un ceñido pantalón de talle de color indefinible, corto y flamenco chaquetón, faja grande fuerte a la cintura, botas de caña desvenecijadas y en perpetua risa, y un sombrero cordobés, ancho de alas, que había estrenado en la época dichosa en que el *pare cura* de la parroquia de la *señá* Santa Ana tuvo la genialidad de casarle con aquella su ilustre esposa, la Curra, abundante en carnes y pródiga en echar la buena-

ventura a los *payos* que no se habían *despabilao*, o que por lo menos no lo estaban tanto como aquella gitana de ojos negros.

Dios les había otorgado un hijo, Joselito, mozo de veintidos años, fornido, marçoso y flamenco, que se había inscrito por su voluntad en la Cofradía taurómaca, y era, con razón, la esperanza de la familia, a la que en fecha próxima había de liberar de la negra miseria, que se los comía.

Como el *señor Rafaé* tenía su dignidad y no le remordía la conciencia de haber trabajado en toda su vida, «porque el trabajo era *pa* los burros», y el «niño», mientras llegaba el día de su apoteosis imitaba a su padre, tenía que romperse la Curra las manos lavando en las casas de los señores, o simplemente mirárselas para por las arrugas predecir las fortunas de los infortunados curiosos, para ganar alguna peseta.

Claro está que este dinero que la pobre mujer ganaba con tanto trabajo se encargaban de hacerle rodar los dos varones de la casa, acudiendo al colmado del «Cojo» o a cualquiera solera que se le presentaba apetitosa.

Un día, saliendo de una de éstas, con más líquido de lo conveniente, iban dando tumbos padre e hijo, mientras se escuchaba el mosconeo de las conversaciones y el choque de las fichas del dominó que, a través de la puerta que acababan de cerrar, se producía, cuando repararon en un defecto que, sin duda, no le habían notado antes por estar secos y sin nada en el estómago. El defecto consistía en que las calles de *Seviya* estaban torcidas y las farolas estaban colocadas a pares, de dos en dos, y por eso a ellos les costaba tanto andar, todo eran curvas y golpes con las cucañas del alumbrado; pero no, aquello no podía seguir así; además, que era muy feo que en una ciudad como la suya estuviesen tan enrevesadas las calles; se iba a hacer muy largo el llegar a Triana.

Por eso, como la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos, como ustedes saben, decidieron los dos gitanos abrirse paso entre las manzanas de casas para llegar todo derecho a su domicilio, para lo cual había que empezar por remover un enorme edificio de piedra, que era el primer obstáculo que se ofrecía a su marcha.

Pensar esto y arrimarse al inmueble todo fué uno: pegando los hombros contra la pared, y a la voz de una, dos y tres, empezaron a empujar con todas las fuerzas latentes que tenían.

Pero el edificio, impertérrito, les contemplaba desdeñoso sin querer ceder un milímetro del terreno que ocupaba. Otra vez...

—A la una, a las dos y... que si quieres.

—Quitémosnos las chaquetas y déjémoslas ahí para arrempujar mejor. Está bien.

—¡A la una... a las dos y...! Pero cuidado que era pesada aquella mole; nada, que no se movía ni un paso.

—¡Ale ánimo!  
—¡Ni por esas!—decía Joselito  
Pero a todo esto, un peatón que pasaba por allí cerca, al ver las dos chaquetas, al parecer huérfanas, se apia-  
da de ellas y caritativamente se las echa al brazo.

Mientras, el señó Rafae gritaba a su hijo:

—¡Vamos, hombre, aprieta! ¡A la una, a las dos y...

—Qua, pae, esto no marcha y a mí se me va el arma a pedazos.

—No va a marchá, desgrasiao; si hemos andao tanto que hasta ya se han perdido de vista las chaquetas.

FR. FERNANDO DE J. M.<sup>a</sup> O. C. D.

## CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Perfecta es la doctrina católica. Tan perfecta en sus principios y en sus medios que no ha sido derribada ni por los tiranos ni tampoco por otras doctrinas ni teorías filosóficas que han aparecido posteriormente.

Fué hecha por Dios y establecida por El mismo y con esta afirmación comprendemos el milagro de su continuidad a través de los tiempos. Ni las persecuciones, ni las leyes más perseguidoras de la Iglesia han podido conseguir desterrar toda la fuerza extraordinaria de su atracción para el alma que ansiosa busca en la vida la meta de su felicidad.

Las palabras de Jesús de Nazaret, siguen resonando en el mundo en medio del estrépito de las guerras y de los gritos de los desesperados.

... «venid a Mí... que yo os aliviaré...»

Con cuánto afán busca el hombre la felicidad humana en la misma vida efímera que le rodea.

Atesora riquezas, acapara poderes, conquista posiciones sociales, destruye los obstáculos que le impiden llegar a su fin, atropella a quien se opone al logro de lo que cree su felicidad y no repara en medios para conseguirla.

En su loca carrera de ambición llega sudoroso y agobiado hasta la mansión monástica, donde un grupo de frailes... rezan.

—¿Qué haceis aquí?, clama enfurecido el ambicioso conquistador de la felicidad.

El Padre Prior, con la mirada tranquila sale a su encuentro para recibir con afecto la visita intempestiva del hermano.

—Nosotros... rezamos. Y tú ¿qué quieres? ¿A quién buscas?

—Busco la felicidad por todos los caminos del mundo. Tengo dinero, poderes, súbditos que me obedecen y acatan mis órdenes, tengo joyas, placeres. Todo cuanto puede colmar a un hombre feliz. Y sin embargo... aún sigó buscando la felicidad.

—Hermano, buscaste la felicidad por caminos equivocados. Nosotros ya la encontramos. Disfrutamos de ella y seguiremos disfrutándola también después de la muerte.

—¿Dónde está? quiero verla, contemplarla, tenerla tan sólo al alcance de la

mano. Yo la compraré aunque tenga que pagar por élla todo el oro que poseo.

—Desgraciado. Yo fuí un día como tú... El vendaval sopló muy fuerte y derribó mi orgullo. Mi caída fué a los pies de un crucifijo y al elevar los ojos suplicantes al cielo, no recuerdo si amenazadores o pidiendo clemencia, me encontré con la mirada de Cristo que me decía: «Yo soy la verdadera felicidad, ven a Mí y vivirás feliz eternamente». Sus palabras llegaron a mi corazón y dejaron sobre él un sedante de felicidad de la que nunca había disfrutado. Comprendí mi error hasta entonces y desde aquél día vivo feliz.

—No lo comprendo. Estás loco.  
—Sin embargo es cierto. Pregunta a mis hermanos en religión. Ellos te hablarán como yo.

La dulce mirada de aquellos hombres hablaba sin palabras y decía al ambicioso visitante la verdad de que hablaba el Prior

—No comprendo. No comprendo  
Y corriendo enloquecido continuó atravesando caminos y pueblos en busca de la felicidad que nunca habría de encontrar en este valle de dolor.

Equivocamos el camino y creemos que sólo en este mundo podemos encontrar el goce espiritual que anhela el alma.

Si la fe no preside nuestros actos. Si no ponemos nuestro pensamiento en Dios constantemente y dirigimos nuestra mirada a lo Alto en los momentos de tribulación y de pena, la vida nos resultará insostenible. La fe mitiga los dolores del cuerpo y del alma. Ella nos mantiene y nos dice que el dolor nos acerca más a Dios. En esos momentos que padecemos El está con nosotros observando nuestros sentimientos y nuestras palabras. Es la ocasión de aprovechar la proximidad de Dios para pedirle... lo que más convenga a nuestras desgracias y El sabrá darnos con el sufrimiento, la conformidad y la resignación que pone siempre en el corazón del creyente que sufre resignadamente.

En los momentos en que las desgracias nos visitan y nos agobian, aunque las lágrimas suben a nuestros ojos y nos hagan ver nublada la imagen de Cristo crucificado en la cruz, pidamos resignados... que El no nos abandonará y llenará de felicidad nuestro corazón.

Y Jesús de Nazaret, continuo diciendo.  
«...Bienaventurados los que sufren...»

R.

## TARRAGONA

### Evocación Patriótica

#### BRINDIS

Leído por su autor en la comida celebrada el día 5 de Septiembre de 1948, vigésimo aniversario de la incorporación a filas de los reclutas del Capítulo XVII, del año de 1928.

¿Lo recordáis? ¡Cómo no!  
Hace veinte años nos vimos,  
y el uniforme vestimos  
que España nos regaló.  
Aquel tiempo que pasó,  
y que es página de gloria

de nuestra íntima historia,  
que ni aún al tiempo se empaña,  
fué cuando a la luz de España  
nació nuestra ejecutoria.

¿Lo recordáis? Fué aquel día  
en que nos cerró sus puertas  
el mundo, y eran abiertas  
las que el Cuartel ofrecía.  
¡Tarragona! nos decía  
el aire con voz chillona;  
¡Tarragona! el mar entona;  
¡Tarragona! era el son hueco  
de la tierra; y era el eco  
de nuestra alma, ¡Tarragona!

Y un día, al son de atambores  
y patriota chirimía,  
formada la Infantería  
en nimbo de resplandores,  
nos da España sus amores  
de novia y madre hechicera:  
nos entrega lisonjera,  
del amor en un exceso,  
un beso, al sentir el beso  
que dimos a su Bandera.

De amor el pecho se inflama;  
fuimos gloriosos, triunfantes,  
los caballeros andantes  
de la más preclara Dama.  
Una vocación nos llama  
que es de la Milicia dote,  
y el ósculo aquél, fué brote  
de una rosa que florea;  
¡Si España fué Dulcinea,  
nosotros fuimos Quijote!

Y fué escuela de civismo  
para nosotros, aquél  
Regimiento, y fué el Cuartel  
escuela de patriotismo.  
¡En guirnaldas de heroísmo  
formados sus muertos son,  
en glorioso pelotón  
que a los mundos va admirando,  
cuando desfilan al mundo  
de Gutiérrez de León.

¡Dormid en paz, que aquí estamos  
los compañeros de ayer,  
que con orgullo y placer  
vuestrós sepulcros velamos!  
¡Centinelas que guardamos  
una consigna severa  
de la Patria, que os venera,  
aún con el llanto en los ojos,  
y cubre vuestrós despojos  
con su gloriosa Bandera!

Señor: En esta ocasión  
rogamos humildemente  
que al Caudillo hagais presente  
nuestra entusiasta adhesión.  
Decidle que la emoción  
constante nos acompaña  
de la patriótica hazaña  
y muerte del Coronel.  
¡Que recordamos en él  
toda la gloria de España!

Hermenegildo RODRIGUEZ

### Comentando

## SE FUÉ EL VERANO

El verano va tocando a su fin. Casi podemos decir que ya se ha terminado la estación de las vacaciones. El hormiguero de gente que llenaba la playa, en toda su espaciosa planicie de arena, se va disol-

viendo poco a poco, y no precisamente en la salada agua del Cantábrico. Porque aquí, como en el resto de las playas de España, los veraneantes no vienen a bañarse. Hay algunos que sí se bañan, pero son tan pocos, que apenas si se los ve sumergidos en el agua.

Es un caso curioso y digno de estudio. Los veraneantes vienen a las playas a ver a los naturales bañarse. Y, es más, casi ni a esto. A las horas de playa, aquellas que la temperatura y el exceso de trabajo de las vacaciones les abrumba mucho más y les invita a la contemplación plácida de la mar y del cielo, estos benditos de Dios, se sientan tranquilamente en las terrazas

de los cafés, alejadas de la playa, y allí escriben sus cartas a los amigos, en las que les cuentan sus fantasías y sus goces playeros. Muchos de ellos, la única arena en que posan sus ojos es la de la plaza de toros. Y los demás, ni en esta.

Hay muchos veraneantes playeros que no se acercan a ninguna provincia marítima nada más que en sus cartas de despedida. Se quedan en la aldea próxima, porque temen la picazón de las pulgas de mar, y ya están acostumbrados a que les piquen las pulgas borriquetas. Pero de estos no nos importa nada. Nuestra preocupación, como hombres de playa que somos, si cabe la frase como lobos playeros, es la de la realidad del veraneo en la playa. Es cierto que está muchos días hasta los topes, valga la frase, ya que yo por más que busqué no encontré topes en nuestra playa. No sé si alguna playa, los tendrá; quizás en Norte América... Pero todos estos ocupantes de la arena, son del pueblo. Los veraneantes en escaso número recogen arena en sus zapatos. A lo más, se contentan con mirar desde la barandilla y en aspirar aire por las narices, convencidos de que esto les dará larga y abundante salud. Se inflan los pulmones sin pagar por ello impuesto alguno, y esto les basta. Y ya inflados, se marchan más contentos que un globo para sus tierras, a contar trolas y aventuras espeluznantes de naufragios y de «ahogamientos», en los que, naturalmente, el papel de salvadores se lo achacan así mismos con una carota que espanta. Algunos hay que tanto se empavonan que el globo se les desinfla con un pitido pitorreón que se les oxida en la garganta, Y es que el salitre tupe las tuberías de un modo... No cejan en su empeño. Al siguiente año, vuelven a la misma playa a inflarse de nuevo, y

a inventar más aventuras. Salgari y Verne tendrían aquí motivos suficientes para una bonita colección de novelas de aventuras. ¡Flaquezas de los hombres! Todos cojeamos de un pie, sea de adelante o de atrás o de donde sea. ¿Quién sabe qué verán ellos en nosotros que así nos toman por cómplices de sus farsas y mentiras? Porque la realidad, aunque nos cueste confesarlo, es que, nosotros que sabemos toda esta tan tremenda verdad, la ocultamos y decimos que sí a todo lo que se les antoje, con tal de que vuelvan otro año.

¿Quién engaña a quién?

HERO

Solución al Jeroglífico n.º 52, por Morán:  
«La mercó en París»

**César Alvarez Prieto**

Pintor y constructor de obras  
Av. del Molinón, 2 - Tel. 3115  
GIJON



Ornametación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado  
DE

**José Romero Tena e Hijo**

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6  
Junto a la Plaza de la Virgen) VALENCIA

## Estudios Prácticos de Comercio

PROFESOR:

**JUAN MANUEL ORTEA CORUJO**

Licenciado en Derecho y Apoderado de Banca

CURSO INTENSIVO: Preparación de empleados de oficina en general,

PREPARACIÓN PARA INGRESO EN LA BANCA PRIVADA: Para concurrir a los exámenes que se celebren en toda España.

Los estudios serán en su mayor parte de carácter práctico.

HORAS: de 6 a 9 de la tarde  
Desde el próximo mes de Octubre

Muralla, 7. 1.º Teléfono 398

GIJÓN

**PALACIOS** LIBRERIA  
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa  
Sellos de caucho  
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA  
— DE —

**Feliciano Rodríguez**

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

**VINOS PARA MISA**

y selectos para mesa

**AGUSTIN SERRANO**

COSECHERO

**MANZANARES**

rovedor del S. P. Vaticano

**JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA**

**Vda. de Melchor Osorio**

Relojes, joyas y artículos  
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

**ALMACENES LA SIRENA**

**J. A. M. S. A.**

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

*La*

**Caja de Ahorros de Asturias**

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

**CASA INFANTIL COVADONGA**

Pola de Gordón (León)